

humana que despierta la suerte trágica personal de aquel hombre notable nos elevamos al punto de vista de la consideración histórica general sobre la posición que ocupó entre los poderes de su tiempo, á primera vista se descubre la importancia histórica que aquella personalidad merece. Wallenstein hubiera podido ser para Alemania lo que para Francia fué Richelieu, si como á este le hubiese sido dado retener al monarca en la senda política por él trazada. ¿Qué senda era esta por la cual quería elevar el Imperio alemán á una altura desde hacia siglos no conocida? Puede deducirse principalmente de la época en que por primera vez ejerció el generalato. En ella se ve claramente que el fin que acariciaba era la creación de un fuerte poder central que estuviera por encima de los príncipes que luchaban por su completa independencia, y ninguno de sus contemporáneos vió de una manera tan clara y tan intensa que ese fin solo podía conseguirse partiendo de la base de la completa igualdad religiosa. Por esta causa combatió el edicto de restitución, y del mismo punto de vista partió durante su segundo generalato en las negociaciones con Sajonia. Si el emperador hubiese seguido este camino no solo habría tenido la paz en su mano, sino que, además, habría sido posible evitar de una vez para siempre la intervención de las potencias extranjeras en las cuestiones interiores de Alemania. A esa influencia extranjera en el Imperio, viniera de donde viniese, era á lo que con energía se oponía Wallenstein, y todo el conflicto que causó su ruina nació de su resistencia contra las influencias españolas en la corte imperial. Es cierto que durante este conflicto pensó accidentalmente en una alianza con Suecia, pero siempre preveía en él la idea de lograr una unión con los electores protestantes, destruyendo con ella la influencia que Suecia, Francia y España ejercían en los destinos de Alemania. Las negociaciones que siguió con los suecos producen el efecto de que con ellas se proponía únicamente engañar al adversario, pues en cuanto parecía inminente la alianza con ellos acogíase de nuevo al pensamiento totalmente opuesto de arrojar á los suecos del territorio alemán, uniéndose para ello con Sajonia y Brandeburgo. La unión con los electores alemanes protestantes era para él lo principal; unido con ellos creía tener en sus manos fuerzas bastantes para imponer la paz, como potencia armada mediadora, á las dos potencias de primer orden que entre sí luchaban. Si esta política hubiese sido seguida por un príncipe alemán dotado de altas cualidades, se habría logrado el objeto que con ella se perseguía y se habría podido evitar á Alemania los incalculables desastres de catorce años más de guerra; pero la fatalidad quiso que fuera el general del emperador quien acometiera tal empresa y que la acometiera en abierta oposición con su soberano. La culpa que la historia achaca á Wallenstein está en que por la fuerza de las armas quisiera imponer la paz por él deseada al emperador de quien había recibido el poder que le había de servir para conseguirla.

## LA PAZ DE PRAGA

Si atendiendo á su mas profunda esencia se considera aquella guerra, que desde hacia diez y seis años asolaba el territorio alemán, como una lucha entre el protestantismo y el catolicismo en Alemania y en Europa, y no cabe considerarla de otro modo, se comprende á primera vista cuánta importancia tenía el hecho de que Wallenstein fuese asesinado en aquellos momentos. En efecto, él había sido el único hombre que por su carácter y por su temperamento podía ponerse entre los partidos beligerantes y aun por encima de ellos, y hacer posible entre ambas partes una paz honrosa,

porque era el único que podía elevarse sobre el antagonismo religioso que constituía la causa fundamental de aquella lucha. Si Arnim hubiese llegado oportunamente al campamento de Pilsen y se hubiese podido allí llegar á una paz entre Wallenstein y los dos príncipes alemanes mas ilustres, cosa muy posible dadas las importantes concesiones que el general estaba dispuesto á hacer, quizás se habría conseguido convertir en universal aquella paz separada; pues cuando una parte del ejército no se hubiese adherido al movimiento de unión con Sajonia y Brandeburgo que podía llegar á ponerse enfrente del emperador, Wallenstein aun habría dispuesto de fuerzas considerables que habrían aumentado rápidamente con solo hacer redoblar de nuevo sus tambores llamando á los guerreros á la lucha, aquella vez contra el soberano. Los mejores oficiales y soldados del ejército imperial, sobre todo los protestantes, habríanse acogido seguramente á sus banderas, y es muy posible que el emperador hubiese aceptado la paz convenida con Wallenstein y hubiese tenido que conceder á todos los protestantes alemanes aquello que un año despues otorgó únicamente á los que concurrieron á la paz de Praga.

¡Cuán distinta era la situación despues de la muerte de Wallenstein! Ya no se hablaba de la paz universal por la que tanto había este trabajado, y lo único que en punto á tendencias pacíficas deseaba el emperador era una paz separada con los sajones que le entregara indefensos á los demás protestantes. En cuanto á la revocación del edicto de restitución que Wallenstein quería conceder, menos que nunca pensaba entonces en ella el emperador, el cual mas bien se prometía quebrantar la resistencia de los protestantes desuniéndolos y, una vez aislados, vencidos con el poder de las armas. En ambos sentidos era para él valiosísima la herencia que el infortunado Wallenstein le dejaba. En cuanto á las negociaciones sobre la paz con Sajonia, á las que naturalmente debía imprimirse una dirección distinta de la que á ellas había impreso Wallenstein, no había mas que continuarlas desde el punto en que las dejara este, y respecto de la resistencia de aquellos á quienes el general quería aislar y debilitar con la paz de Sajonia, para vencerla tenía el emperador á su disposición el ejército creado por el mas grande organizador militar del siglo.

A decir verdad, ese ejército había quedado algo quebrantado con el asesinato de Wallenstein, pues aun haciendo caso omiso de los regimientos que hasta el último instante permanecieron fieles al asesinado, contaba este muchos partidarios aun entre las tropas que no habían querido dar con él el último y decisivo paso. Además el innoble asesinato del general había producido descontento é indignación en todo el ejército. Los oficiales y soldados alemanes culpaban de aquella muerte á los franceses, y entre unos y otros hubo contiendas é innumerables desafíos que amenazaban acabar con el espíritu de disciplina. Esta circunstancia entró en los cálculos de Bernardo de Weimar, el cual, confiando en ella, proyectó á raíz de la catástrofe de Eger una invasión en Bohemia que únicamente fracasó por el desacuerdo existente entre él y Horn y por haberse negado el elector de Sajonia á que su ejército tomara parte en la empresa. Pero por fin cesó la confusión en el ejército de Wallenstein: el espíritu de cuerpo que tan bien había sabido infundir el general en sus tropas se conservó aun despues de la muerte de este por mas que la jefatura, de que se encargaron el joven rey de Hungría y Gallas, distara muchísimo de ser lo que en tiempo de Wallenstein había sido. Las grandes victorias conseguidas por los imperiales en la campaña de 1634 se debieron en primer término á la falta de unidad de dirección que reinaba en el campo contrario.

El duque Bernardo, que de todos los jefes del ejército sueco-protestante era, sin duda alguna, el mas ilustre y el que mejores cualidades poseía, hubo de luchar continuamente con obstáculos y contrariedades que debilitaron su energía, pues el feldmariscal Horn, el hombre de especial confianza de Oxenstierna, no quería estar á las órdenes del

duque de Weimar ni apoyar eficazmente sus planes. Menos dispuestos á ello estaban todavía los sajones: Arnim, desde que el asesinato de Wallenstein rompió violentamente las negociaciones de paz, se sintió acometido por el afán de combatir é inclinado á obrar de acuerdo con Bernardo; pero el elector Juan Jorge, para quien era entonces mas insopor-



El feldmariscal Gustavo Horn

Facsimile reducido del grabado, 1651, de Jeremías Falck (1619 á 1633 aproximadamente). Cuadro de David Beck (1621-1656)

table que nunca su dependencia de Suecia y que estaba disgustado especialmente porque Oxenstierna se había presentado en febrero en el Norte de Alemania y había querido inducir á aquellos Estados á que entraran en la liga de Heilbronn, no estaba dispuesto á imprimir á la guerra una dirección enérgica y antes al contrario deseaba aceptar los ofrecimientos que á raíz de la muerte de Wallenstein le había hecho el emperador por conducto del duque Francisco Julio de Brunswick. De iguales sentimientos estaban animados los mismos coligados de Heilbronn que, convocados por Oxenstierna, concurrieron á principios de abril á la asamblea de Francfort. En vano Bernardo, que acudió personalmente á la reunión, excitó á los congregados á que de una

vez pagaran los atrasos que á las tropas se debían; algunos nada pagaron, otros en vez de dinero entregaron bonos para la caja de la Liga, y ninguno demostró verdadero interés por la causa comun. Celosos de la situación dominante del canciller sueco, los mas de los Estados se mostraron harto accesibles á las instigaciones de los embajadores franceses que trataban de destruir la influencia de los suecos en provecho de la de Francia, y se vieron apoyados en su actitud poco favorable á Oxenstierna por el electorado de Sajonia cuyos embajadores trabajaban mas ó menos directamente para disolver la liga de Heilbronn con el propósito de que su elector volviera á tener entre los protestantes alemanes la preeminencia que le habían arrebatado los suecos por la sencilla



razon de que se habia mostrado completamente inepto para desempeñar con energía y éxito las funciones que á tan elevada situacion iban anejas. Las influencias de los embajadores franceses, de las que volveremos á hablar más adelante, hacian cada vez mas difícil el «directorio» de Oxenstierna, hasta el punto de que este estuvo tentado de renunciar á dirigir una liga tan funestamente desunida y de abandonar á los protestantes para que por sí solos continuaran aquella lucha por su existencia, dándose por satisfecho con la conservacion de las conquistas hechas en las costas del Báltico. Para colmo de dificultades surgió una disidencia entre el canciller sueco y el duque de Weimar, disidencia que se agravó de día en día y que fué un obstáculo á las disposiciones estratégicas de Bernardo. En tales circunstancias no habia que pensar en la accion comun de los distintos ejércitos que estaban en campaña contra los imperiales.

No es, pues, de extrañar que estos, que al mando del joven Fernando llevaron la guerra al punto decisivo, es decir, á Baviera, consiguieran pronto grandes ventajas. El rey de Hungría ardia en deseos de reparar el terrible golpe que el año anterior habia dado el duque Bernardo al partido imperial-liguista, es decir, deseaba reconquistar á Ratisbona, y encariñado con esta tarea parecióle que debia relegar á segundo término la defensa de los territorios hereditarios imperiales, especialmente de Silesia, que era precisamente lo que con mas insistencia habia recomendado. Conocia demasiado bien la táctica militar y la actitud vacilante de los sajones para temer por este lado un peligro sério contra los territorios austriacos de la corona. Mucho mas inmediato era el peligro en que estos se encontraban á consecuencia de la toma de Ratisbona que constituía un poderoso punto de apoyo para invadir el Austria por Passau. Firme en su idea, el joven Fernando no desistió de su propósito ni siquiera cuando los sajones, despues de haberse retirado el grueso del ejército imperial al Alto Palatinado, lograron grandes ventajas en Silesia y derrotar el día 13 de mayo en Liegnitz á las tropas imperiales que en escaso número se habian quedado en aquel país. Pero es seguro que cuando así obraba sabia ya que se habian reanudado las negociaciones de paz con Sajonia. Despues de haberse apoderado de varias plazas del Alto Palatinado, encaminóse con gran decision á la línea del Danubio donde los bávaros, unidos con el cuerpo de Aldringer, habian tomado á Straubing. A fines de mayo, ambos ejércitos unidos marcharon sobre Ratisbona, é inmediatamente acudió tambien allí Bernardo de Weimar con su ejército para defender la ciudad amenazada, llegando á ella casi al mismo tiempo que los imperiales. A pesar de esto no se empeñó una batalla campal, pues Horn, desoyendo las excitaciones de Bernardo para que operara con él, no quiso moverse del Sur de Suabia y del Báltico, por lo que el de Weimar tuvo que contentarse con enviar algunos refuerzos á Ratisbona, que aumentaron la guarnicion de esta hasta 3.800 hombres, retirándose él con el grueso del ejército. Sin embargo, con el propósito de atraer á los imperiales á otro lugar alejándolos de Ratisbona, pidió y obtuvo de Oxenstierna que ordenara á Baner que invadiera Bohemia; pero Fernando no quiso apartarse de aquella ciudad, y solo cuando esta, defendida heroicamente por su guarnicion, se encontró en situacion apuradísima, es decir, despues de haberse rendido en 26 de junio Kehlheim, pudo lograr Bernardo que Horn se manifestara dispuesto á operar en comun para intentar la liberacion de Ratisbona. En 12 de julio se unieron ambos ejércitos en Augsburg, y con los 30.000 hombres que juntos contaban hubieran podido perfectamente empeñar una batalla decisiva. Con este propósito se dirigieron inmediatamente á Ratisbona, á la cual hizo decir Ber-

nardo que el día 17 seria libertada; pero los emisarios portadores de esta noticia fueron hechos prisioneros. El día 20 de julio los dos ejércitos unidos se apoderaron de Landshut, pero Horn no quiso emprender nuevamente la marcha hasta el día 30, y cuando al fin se pusieron aquellas fuerzas en movimiento, recibieron la noticia de que el importante paso del Danubio, cuya conquista habia sido el principal resultado de la anterior campaña, habia tenido que rendirse á los imperiales el día 26 de julio, despues de una heroica resistencia de dos meses dirigida por Lars Kagge, á quien se concedió una capitulacion en extremo benigna.

Despues de esta gran victoria que reanimó poderosamente el espíritu del ejército imperial y de su joven caudillo, apoderáronse los vencedores en muy poco tiempo de toda la línea del Danubio hasta Donauworth, conseguido lo cual y mientras el general de caballería bávaro, Juan de Werth, se internaba en la Franconia y en 18 de agosto se apoderaba de Ansbach, el grueso del ejército imperial avanzó hácia Nordlingen para abrirse paso hácia Wurttemberg y hácia los excelentes cuarteles que allí habia. El día 18 de agosto comenzó el sitio de aquella ciudad.

Bernardo, que en vista de esos éxitos de su adversario se habia reunido nuevamente en Gunzburg, el 16 de agosto, con el ejército de Horn, opinó que debia trabarse una batalla para evitar que del mismo modo que Ratisbona cayera en poder del enemigo tan importante plaza; y de haberse puesto en ejecucion su idea inmediatamente despues que los ejércitos unidos llegaran á Nordlingen, quizás se hubiera conseguido una victoria á pesar de la mala disposicion del ejército sueco, de la cual se quejó Bernardo á Oxenstierna repetidas veces aunque siempre inútilmente. Pero Horn y la mayoría del consejo de guerra fueron de parecer de que ante todo habian de pedir refuerzos y al efecto se circularon las oportunas órdenes al general Cratz, á la sazón ocupado en el sitio de Forchheim, y al conde rhenano Oton Luis, que se encontraba delante de Breisach, para que se unieran lo mas rápidamente posible al grueso del ejército. Pero antes de que aquellos generales pudieran cumplir las órdenes recibidas llegó al campamento imperial (3 de setiembre) el cardenal infante español con su ejército procedente de Italia, con lo cual quedaron notablemente desequilibradas las fuerzas de los dos ejércitos en perjuicio de los suecos. A pesar de todo esto, los suecos, por excitacion de Bernardo, resolvieron presentar la batalla aun antes de que hubiesen llegado los esfuerzos esperados, porque la guarnicion de Nordlingen, aun despues de haber rechazado brillantemente un asalto de los imperiales, declaró rotundamente que la ciudad no podia sostenerse por mas tiempo. Los suecos consiguieron el día 5 de setiembre ocupar magníficas posiciones elevadas cerca de Nordlingen; pero tambien tenian los imperiales una posicion fuertemente atrincherada de la que era preciso apoderarse si la ciudad habia de ser libertada. El día 6 comenzó el ataque correspondiendo la parte principal del mismo al ala derecha del ejército sueco que mandaba Horn: las tropas de este atacaron denodadamente repetidas veces, logrando apoderarse de algunas posiciones enemigas; pero los imperiales tenian la ventaja de la superioridad del número, y mientras Horn se vió muy pronto en la imposibilidad de disponer de mas reservas, aquellos iban enviando nuevas tropas de refresco á los puntos amenazados. Al mediodía manifestó Horn que le era imposible continuar la lucha y propuso que se suspendiera el combate, y habiéndose visto Bernardo obligado á acceder á ello, procuró aquel cubrir su retirada con un ataque de caballería. Pero ya no era posible contener el avance de los imperiales en toda la línea, y el ejército sueco, en cuyas filas habia comenzado á entrar el

desorden, no tardó en huir á la desbandada. La derrota sufrida por los suecos fué completa y de su ejército solo quedaron algunos restos dispersos. Seis mil suecos fueron hechos prisioneros y entre ellos el mismo feldmariscal Horn; Bernardo fué herido y con gran trabajo pudo escapar á la suerte de su compañero. Toda la artillería, los bagajes y el séquito de Bernardo cayeron en poder del enemigo. El único gran ejército que Suecia tenia sobre las armas habia quedado totalmente destruido. El mismo Bernardo, que se habia refugiado en Canstatt donde se reunió con el conde rhenano Oton Luis, no ocultaba la derrota y escribía al canciller sueco: «la gran desgracia que ha pesado sobre nuestros dos ejércitos es tan terrible que mas no puede serlo.»

Los efectos de esa desastrosa derrota fueron decisivos, y los suecos no pudieron en muchos años reponerse de ella. Su consecuencia inmediata fué la toma de Nordlingen que abrió el camino de Wurttemberg, y si los imperiales hubiesen perseguido vigorosamente al derrotado ejército de Bernardo, la pérdida completa de este habria sido segura, segun todas las probabilidades; pero el cardenal infante no quiso quedarse por mas tiempo en el ejército imperial, sino que atendiendo á su principal objetivo se encaminó á los Países Bajos, donde llegó sin cuidarse de atacar á los restos de las fuerzas enemigas que se habian reunido en los alrededores de Francfort sobre el Mein. Fernando á su vez se dirigió con el grueso del ejército á Wurttemberg, cuyo duque huyó precipitadamente á Estrasburgo echándose en brazos de Francia, mientras otras tropas imperiales marcharon sobre Franconia y Hesse y se apoderaron de la capital del ducado de Bernardo, Wurzburg, adelantándose hasta Fulda y Hersfeld. Dos veces seguidas pusieron los imperiales asedio á Heidelberg y otras tantas fué esta ciudad libertada, siendo este el único hecho favorable para la causa sueco-protestante, tan desgraciada en aquellos tiempos y cuya importancia estribaba en la circunstancia de haber tomado parte en aquellas empresas para librar á Heidelberg las tropas francesas que con ese objeto pasaron el Rhin y que por vez primera intervinieron ostensiblemente en la lucha contra el emperador. Por lo demás la situacion estratégica de Bernardo de Weimar, que al fin fué nombrado despues de alguna resistencia jefe único de las fuerzas de Suecia y de la liga de Heilbronn, era muy triste, casi desesperada, pues habia perdido por completo la Alemania meridional y veía seriamente amenazadas las comunicaciones de Suecia con el Báltico, no por causa de los triunfos militares del enemigo, sino por la defecion del aliado elector de Sajonia, defecion que colmó la medida de las funestas consecuencias producidas por la batalla de Nordling.

Todavía en el mes de julio, cuando el duque Bernardo, con el objeto de salvar á Ratisbona, consiguió de Oxenstierna la orden de que Baner invadiera á Bohemia, parecia que los sajones continuaban adictos á los suecos, puesto que se agregaron á la expedicion de Baner y con este llegaron hasta el monte de Weissen, inmediato á Praga, de donde hubieron de retirarse, retrocediendo hasta Leitmeritz y Melnik, cuando los imperiales de Bohemia recibieron los refuerzos que del grueso del ejército de Fernando les fueron enviados. Cuanto mayores progresos hacian los imperiales en la Alemania meridional y en Bohemia, tanto mas se inclinaba el elector Juan Jorge á abandonar aquella pesada guerra y á dejar que los suecos la continuaran solos; pero si habia creído poder conseguir la paz, ya que no en las condiciones ofrecidas por Wallenstein, á lo menos bajo las principales, pronto hubo de convencerse de que se habia equivocado completamente. Trautmannsdorff, que fué quien por encargo del

emperador dirigió las negociaciones entabladas durante el otoño en Pirna, supo prolongarlas hábilmente hasta que ocurrió la catástrofe de los suecos en la Alemania meridional, despues de lo cual pudo limitar considerablemente las concesiones que habia que hacer á los sajones para el caso de que se firmara una paz separada. El emperador perseveraba, sin embargo, en su deseo de firmar esta paz porque, una vez esta conseguida, podia esperar decisivos triunfos sobre los demás protestantes alemanes y sobre los suecos, y por esta razon estaba dispuesto á acceder á las peticiones privadas de Sajonia contando con que despues el elector se inquietaria poco por la causa general del protestantismo alemán. En su consecuencia Trautmannsdorff otorgó al electorado de Sajonia en las negociaciones de Pirna la posesion hereditaria de las dos Lusacias, la restitucion de Magdeburgo al príncipe sajón Augusto y la anexion al electorado de cuatro bailios arzobispales. El cálculo no falló: seguro por este lado, es decir, por lo que se referia á sus pretensiones territoriales, Juan Jorge no tuvo escrúpulo alguno en desistir por completo de las exigencias generales religiosas y políticas de sus correligionarios protestantes que aun habian representado gran papel en las últimas negociaciones con Wallenstein. Así como antes debian ser condiciones esenciales para la paz la revocacion del edicto de restitucion y la libertad é igualdad religiosas para toda Alemania, y así como antes se habia hablado seriamente de dar satisfaccion á los agravios formulados por los protestantes con anterioridad á la guerra, entonces no se habló de nada de esto y sobre todo se pasó por alto la peticion formulada para que se concediera á todos los protestantes alemanes completa libertad religiosa, peticion á la que Wallenstein estaba dispuesto á acceder: Sajonia se contentó con asegurarse el cumplimiento de las pretensiones religiosas en la parte que á ella exclusivamente concernian. Mas ni siquiera esto pudo lograrlo por entero, pues las concesiones que Wallenstein habia dejado entrever no le fueron otorgadas en absoluto ni mucho menos de una manera definitiva. Ciertamente para ella, no para los protestantes alemanes en general, fueron confirmadas las paces religiosas de Passau y de Augsburg, pero no se solventó completa ni definitivamente la cuestion surgida despues de ellas á propósito de los bienes eclesiásticos que con posterioridad á las mismas habian sido confiscados y de los cuales habian sido destituidos los protestantes por el edicto de restitucion. En punto á los bienes eclesiásticos mediatizados que fueron confiscados antes del tratado de Passau, dispúsose que regiría para ellos lo dispuesto en la paz de Augsburg; pero esto no era en manera alguna una concesion, sino cosa considerada como perfectamente natural, tanto que el mismo edicto de restitucion no se habia atrevido á atentar contra ellos. En cambio, acerca de todas las diócesis inmediatas y de los bienes eclesiásticos confiscados despues de aquel tratado, no se reconocia su posesion, es decir, no se revocaba el edicto de restitucion, sino que se disponia que por espacio de cuarenta años rigiera respecto de ellos el estado de cosas existente no en 1618, sino en 1627, quedando en suspenso su derecho de asistir y votar en la dieta del Imperio. Transcurridos aquellos cuarenta años, se adoptaria un acuerdo definitivo. De suerte que, en vez de revocarse el edicto de restitucion para toda Alemania, únicamente se concedia una suspension del mismo por cuarenta años y por de pronto solo para Sajonia, haciéndose mas adelante extensiva tal concesion á los que aceptaran la paz que con esta se conviniera. Igual procedimiento se siguió en la cuestion de la amnistía, de la cual debian quedar excluidos todos los que no admitieran aquel convenio, y especialmente los miembros de la liga de Heilbronn, los habitantes del Palatinado y los súbditos de Fer-



mando en los territorios hereditarios. Con ello por un lado se renunciaba al restablecimiento del Palatinado, punto al cual tanta importancia se había concedido en las negociaciones con Wallenstein, y por otro se entregaba indefensos al emperador á los silesianos que tan confiadamente acababan de ponerse bajo el amparo del elector de Sajonia. Todas las uniones y alianzas quedaban rotas, y la misma Sajonia renunciaba en absoluto á su independencia político-militar, desde el momento en que asentía á la condicion de que en el Imperio no debería haber mas que un ejército cuyo general en jefe único sería el emperador. Los príncipes y los Estados no podían tener mas soldados que los que exigiera el servicio de guarniciones de sus plazas fuertes, y cada príncipe y cada Estado debería pagar 120 meses segun la matrícula para el entretenimiento del ejército imperial. Obligábase al propio tiempo Sajonia á cooperar á la reposición del duque de Lorena, ó lo que era lo mismo, á provocar una guerra con Francia de incalculable trascendencia, y además á expulsar de Alemania, en union con el emperador, á los suecos que hasta entonces habían sido sus aliados. En suma, los fines que con aquella paz se proponían eran que Sajonia se separara por completo de la causa protestante y que se empeñara en una guerra contra sus antiguos aliados, á cambio de lo cual, fuera de la Lusacia, que ya de hecho poseía desde 1618, no obtenía mas concesion que una suspension por cuarenta años de toda decision en el asunto de los bienes eclesiásticos. Sobre estas bases firmóse en 24 de noviembre de 1634 la paz preliminar de Pirna, á la que siguió en 30 de mayo de 1635 la definitiva de Praga.

Raras veces ha acontecido en la historia que á tan poco precio se realizara un cambio tan radical de sistema. ¡Qué diferencia entre esa paz que era ya un hecho y aquella otra que un año antes se había negociado con Wallenstein! Esta hubiera traído consigo la absoluta igualdad de derechos entre todos los protestantes alemanes y los católicos, mientras que la que se acababa de firmar constituía una traicion á la causa del protestantismo, puesto que Sajonia se contentó con que aun aquellas menguadas concesiones no se otorgaran á cuantos á ellas se adhirieran, sino únicamente á los adeptos á la confesion de Augsburgo. A pesar de que la paz de Praga estaba en cierto modo hecha contra los calvinistas, esperaba el emperador que la aceptaria el elector calvinista Jorge Guillermo de Brandeburgo mediante la promesa de reconocimiento de sus pretensiones sobre Pommerania, si bien para conseguir las tendria que luchar contra Suecia. El emperador queria de esta suerte apartar del lado de sus correligionarios á ese príncipe que era, en punto á poderío, el segundo de los del Imperio.

¿Debia y podia Jorge Guillermo acceder á ello? Tal era la cuestion de la cual dependia el inmediato porvenir del Estado brandeburgués. Durante algunos meses lucharon en la corte de Berlin las dos contrapuestas tendencias representadas la una por los consejeros privados, fervientes protestantes y adictos á los suecos, y la otra por el conde de Schwarzenberg. Era indudable que así los intereses generales del protestantismo como los particulares de Brandeburgo aconsejaban persistir al lado de Suecia, y por su parte Oxenstierna hizo todos los esfuerzos imaginables para que el elector perseverara en la alianza, llegando hasta á declarar que Suecia no se inclinaba á insistir en sus pretensiones sobre Pommerania en perjuicio de Jorge Guillermo. El emperador, á su vez, se ofrecia á reconocer las pretensiones de Brandeburgo sobre aquel territorio; pero si el elector se adheria á la paz de Praga, tenia que disputar á los suecos la posesion de Pommerania, mientras que en el caso contrario esta le sería espontáneamente cedida por Suecia. A esto se agregaba la

consideracion por un lado de lo que aconteceria á Prusia, y por otro de lo que sucederia á las posesiones rhenanas de Brandeburgo, que, si este aceptaba aquella paz, quedarian abandonadas é indefensas á los ataques de los holandeses y respecto de las cuales no estaban dispuestos á dar garantía alguna ni el emperador ni Sajonia, antes al contrario esta parecia querer reproducir sus antiguas pretensiones hereditarias sobre los territorios de Juliers-Cleves. Todos estos puntos de vista de la gran política brandeburguesa, reforzados por la consideracion de los grandes servicios que para la salvacion de la causa protestante había prestado Suecia, fueron expuestos y defendidos con calor por el canciller Gotze, á quien apoyó resueltamente Rumelian Leuchtmar, cuyo hermano era preceptor del príncipe heredero. Pero enfrente de ellos desplegó Schwarzenberg toda su habilidad para inducir al débil elector á que se adhiriera á la paz de Praga, haciéndole ver que si bien era cierto que continuando al lado de Suecia podría quizás llegar á ser dueño de Pommerania, en cambio el emperador, si salia vencedor en la lucha, le despojaría de todos sus dominios. Con estas reflexiones supo amedrentar y envolver con artificios al elector de tal manera que este le envió á Leipzig para que negociara su adhesion á la paz de Praga; pero queriendo acallar su conciencia y tratar de obtener algunas mas concesiones, encargó á su embajador que insistiera en lo del arreglo con Suecia, en la restitucion del Palatinado, en la amnistía general y en la transaccion sobre la cuestion de Juliers, y que solo en el caso de que no pudiera conseguir nada de esto, aceptara la paz tal como se le proponia. Schwarzenberg la aceptó sin haber siquiera intentado obtener alguna de aquellas concesiones.

Esta conducta de Sajonia y Brandeburgo fué la señal para que todos los príncipes protestantes alemanes abandonaran la causa de Suecia que, tales como estaban las cosas, estaba inseparablemente unida á la del protestantismo alemán. En el mismo año 1635 adhirieron á la paz de Praga la ciudad de Francfort del Mein, el duque Guillermo de Sajonia Weimar, los duques de Mecklenburgo, todo el círculo de la Baja Sajonia, y aun el duque Jorge de Brunswick-Luneburgo que hasta entonces había mandado un ejército sueco en la Alemania del Norte. Únicamente Guillermo de Hesse y Bernardo de Weimar mantuvieron fieles á los suecos: la derrota de estos por la superioridad de fuerzas de los imperiales parecia entonces tanto mas segura cuanto que, terminado en aquellos momentos el armisticio de seis años concertado con Polonia, era inminente la reanudacion de la guerra con esta potencia. Así las cosas, Richelieu, que en la derrota completa de los suecos veía la de todo el sistema de su política europea, se resolvió á intervenir activamente en la guerra alemana.

#### CUARTO PERIODO

INTERVENCION DE FRANCIA EN LA GUERRA ALEMANA  
RICHELIEU Y BERNARDO DE WEIMAR (1635-1639)

SITUACION POLÍTICA DE EUROPA EN EL AÑO 1635  
POLÍTICA EXTERIOR DE RICHELIEU

Mientras en Alemania las dos opuestas potencias universales sostenian sangrienta lucha que se prolongaba entre las mas rudas alternativas, Richelieu, sin tomar parte directa en aquella contienda, veía triunfar paso á paso la política que con tanto teson desarrollaba. Del mismo modo que en el interior de Francia y enfrente de las facciones de la nobleza,

así católicas como hugonotas, que cobraban nuevos bríos, supo dar á la monarquía una autoridad desconocida hasta entonces, así tambien en su política exterior consiguió poco á poco, y sin necesidad de apelar á las armas, contener la pesada prepotencia de la casa de Habsburgo y ponerse cada vez mas en el puesto que antes ocuparan España y Austria. Despues que en los comienzos de su carrera, merced á la

ocupacion de los pasos alpinos de la Valtelina y merced á la conquista de Pinerolo durante la guerra de sucesion mantuvana y á algunas otras empresas guerreras tan osadas como hábilmente dirigidas, hubo echado los cimientos de su política antihabsburguesa y puesto una cuña entre las posesiones españolas de Italia y las de los Países Bajos, consiguió que otros se encargaran de continuar su política cuyo objetivo



LE GRAND ARMAND CARD DVC DE RICHELIEU

El cardenal Richelieu. Facsímil reducido del grabado de Claudio Mellan (1598-1688)

era debilitar el poder de los Habsburgos. Del mismo modo que en la dieta de electores reunida en Ratisbona en 1630 había sabido aprovechar para sus fines la disidencia existente entre el emperador y la Liga; del mismo modo que allí apoyó eficazmente sus trabajos encaminados á lograr la destitucion de Wallenstein y contribuyó á que el emperador, en los momentos en que sin intervencion de Francia se veía envuelto en una nueva guerra, se privara del único general capaz de dirigirla; del mismo modo tambien en el curso ulterior de aquella lucha supo explotar en beneficio de Francia las derrotas sufridas por el emperador. Ciertamente que poco á poco iban molestando los triunfos que el heróico monarca obtenia porque tales éxitos entrañaban el peligro de que la influencia

sueca llegaria á ser la única dominante en Alemania; pero de estos temores que le inspiraba el «rey de los godos» á quien no queria ver demasiado poderoso, le libró la prematura muerte del mismo.

La consecuencia lógica de las dificultades en que por efecto de ello se encontró Suecia respecto de sus aliados, fué que estos se manifestaron cada vez mas inclinados á Francia, inclinacion que Richelieu aprovechó con habilidad suma para realzar la influencia francesa en los asuntos alemanes. Ya en la asamblea celebrada en Heilbronn en 1633 hemos visto á sus embajadores trabajar con éxito para conseguir dos cosas igualmente importantes para Francia: una, que los coligados alemanes continuaran resistiendo al em-